

de Colón; sólo en el Palacio Ducal, un fresco de Ratti mostraba al descubridor del Nuevo Mundo plantando una cruz en aquellas poéticas é inmensas playas.

El hombre que había doblado el espacio de la tierra, parecía no haber merecido de su patria que le votara una estatua. La ciudad de mármol continuó siendo para él tan fría como sus paredes. La epopeya del dominador de los mares no pudo suscitar un poeta en Génova por espacio de tres siglos. El país natal de Colón fué, de toda Italia, el que comprendió ménos su grandeza. Las musas lo atestiguan con su silencio.

En Florencia, Julio Dati, Juan Bautista Strozzi, Rafael Guatterotti, celebran á Colón en sus versos. En Verona, Alberto Lavezzola, Jerónimo Tortoletti, Felipe-Rosa-Morando, templan su lira en su honra. En Roma, Julio Stella, Ubertino Carrara, Agazio da Somma, Jerónimo Bartolomei, publican poemas para su gloria. En Venecia, el patricio Luigi Quirini; en Módena, el conde Fulvio Testi; en Plasencia, Tomás Stigliani; en Gubbio, Benamati; en Jessy, Juan Giorgini; en Savona, Ambrosio Salinero; en Brescia, Lorenzo Gambarra; en Foggia, Leonardo Forleo; en Cremona, Bernardo Bellini; en Bolonia, Juan María Vanti, cantan en diversos tonos la India conquistada, el Nuevo Mundo, Colón y hasta el Océano, como Alejandro Tassoni; pero en vano se busca en Génova al más insignificante poeta inspirado por Colón. Sólo al advenimiento de Pío IX se entusiasma Lorenzo Costa, apodérase de él la admiración, y publica nobles cantos á la gloria del inmortal Descubridor.

No obstante, desde primeros del siglo actual, habíase á menudo tratado de Colón en la ciudad de mármol; pero nada se decía nunca que hiciera apreciable su nombre. Un bibliógrafo piemontés, adepto del filosofismo, el conde Galeani Napione, talento tan vasto como paradójico, intentó en 1805, á pesar de la opinión común, disputar á Colón el sitio de su nacimiento; y á su segundo hijo, su legitimidad. Parecía querer hacer experiencia de esta afirmación del frívolo Fontenelle, el único amable entre los enciclopedistas: «Por ridícula que sea una idea, basta hallar un medio de mantenerla viva por algún tiempo, para que se convierta en antigua (1),» y entónces hace autoridad. Escribió, pues, que en lugar de haber nacido en Génova, como generalmente se creía, había visto Colón la luz primera en el castillo de Cuccaro, en el Monferrato; y que su segundo hijo, el sacerdote don Fernando, era fruto de su unión ilícita con cierta Beatriz Enríquez. Había sacado esta idea de los papeles de un procurador español, Luis de la Palma

(1) «Per quanto sia ridicolo un pensiero, basta trovar mezzo di mantenerlo per qualche tempo; esso diventa antico, ed é sufficientemente provato.»—*Della patria di Cristoforo Colombo*, prefazione, p. 4.

y Freytas, y de un párrafo del bibliógrafo Nicolás Antonio, traspapelado en la *Biblioteca Española*. Napione leyó esta novedad á la Academia de Turín, que la imprimió en sus Memorias. Además de su disertación en trece capítulos intitulada *De la patria de Cristóbal Colón*, escribió, el 15 de diciembre de 1806, una carta acerca del descubrimiento del Nuevo Mundo. El 12 de marzo del año siguiente escribió otra vez. Varias Academias aceptaron con harta complacencia su doble error. La extravagancia de esas dos afirmaciones, le valió un instante de reputación y celebridad. Uno de sus amigos bibliógrafos, el conde Damiani Priona, ensalzó ese trabajo en toda la Toscana. El anticuario romano Cancellieri, consintió fácilmente en privar á Génova de la cuna de Colón. Dedicando á Napione su libro intitulado: *Noticias históricas y Bibliográficas de Cristóbal Colón* (1), aumentó la reputación del académico piemontés. En Pisa, Florencia, Milan, Turín, etc., se discutió diversamente acerca del lugar del nacimiento del gran navegante.

Algunos años después, un barnabita, el Padre Juan Bautista Spotorno, hombre de estudios formales, y de muy felices disposiciones, refutó vigorosamente el primer aserto de Napione, pero adoptó francamente el segundo. Reivindicó para Génova la honra de ser la patria de Cristóbal Colón. En cuanto á su hijo no le dió que sentir que se le tachara de bastardía, porque le acusaba de haber sembrado adrede la oscuridad en lo tocante á la cuna de su padre. Por otra parte, ese laborioso bibliógrafo no veía en Cristóbal Colón sino un matemático muy experimentado en la navegación, que había calculado con exactitud, y que había llegado al fin que se proponía por su animosa perseverancia. Quedaban para él invisibles la parte providencial de su obra, y la grandeza de su misión apostólica. En su libro: «*Del origen y de la patria de Cristóbal Colón*,» formula Spotorno diversas acusaciones contra ese héroe. Le atribuye relaciones ilícitas con una jóven de Córdoba, Beatriz Enríquez, á quien conceptuaba de humilde y baja estofa. Muéstrase muy severo con el hijo nacido de esa supuesta unión ilícita. Habiendo Spotorno acusado de orgullo á Cristóbal Colón, un bibliógrafo de Savona, que después fué genovés, Juan Bautista Belloro, quiso hacer también su descubrimiento, y le acusó de mentira. El profesor presbítero Pablo Rebuffo, recogió todos esos errores y los comentaba luego verbalmente. En ninguno de sus escritos dejó de renovar el padre Spotorno sus acusaciones contra Colón y contra su hijo. Parece que hacía gala de repetir las. Después de haberlas formulado en su libro: «*Del origen y de la patria de Cristóbal Colón*,» las reprodujo en su «*Historia literaria de la Liguria*,» y se guardó mucho de olvidarlas en su introducción al magnífico *Codice Colombo Americano*, publicado por orden de la municipalidad de Génova.

(1) CANCELLIERI.—*Notizie storiche e bibliografiche di Cristoforo Colombo*, 1809.

La calumnia que Napione había lanzado en Italia, acogida desde luego, alimentada y fortalecida en Génova por el padre Spotorno, llegó á España oportunamente para servir á las miras de un cortesano poco escrupuloso, quien, á fin de atenuar la ingratitud del rey don Fernando para con Colon, procuraba con diligencia hallar en éste faltas y defectos. No retrocediendo ante ningun cargo el bibliógrafo don Martin Fernández de Navarrete, acomodándose á los más diversos oficios, muy experto en acumular los empleos, los emolumentos, los abonos, las pensiones, las comisiones retribuidas y hasta los títulos honoríficos, quiso ser miembro correspondiente de la Sociedad de Geografía de Paris. Ese antojo nos valió el saber que nuestra ciudad de Saint-Dié pertenece al Austria, puesto que, en lugar de formar parte de la cadena de los Vosgos, se halla situada en la baja Hungría, y que antiguamente se la llamaba Tata ó Dolis!!! ¡ Oh geógrafo! Navarrete, hombre por otra parte erudito, había registrado inútilmente todas las bibliotecas de España, sin hallar ningun dato contra la honradez de Colon. Fortuna fué para él que le viniera de fuera algo de que echar mano para manchar la fama de Colon.

Miéntas que ese apasionado cortesano preparaba, por orden del gobierno, la coleccion de los documentos relativos á los descubrimientos marítimos de los españoles, vivía en Madrid un literato americano muy conocido ya, y llamado Washington Irving. Este laborioso protestante se aprovechó activamente de los papeles clasificados bajo la direccion de Navarrete, y redactó la biografía de Cristóbal Colon en cuatro tomos. Aunque este escritor no estuviera absolutamente desprendido de las prevenciones de Spotorno y Navarrete, su propia sagacidad le impidió seguir las huellas de sus predecesores en la acusacion contra la pureza de las costumbres de Colon. No se atrevió á oponerse enteramente á Navarrete; pero, por el sentido de sus expresiones y por ciertas formas dubitativas, se comprende que no admitió, sin reserva, la calumnia genovesa.

El ilustre protestante Alejandro de Humboldt, á quien podria llamarse el rival póstumo de Colon, envidioso y admirador al mismo tiempo de su genio, escribió mucho acerca de él, en los cinco tomos intitulados: *Exámen crítico de la Historia de la Geografía del Nuevo Continente*, y reprodujo, aumentándolas con nuevos errores, las afirmaciones de Spotorno y de Navarrete.

De esta manera la acusacion de union ilícita salida de Génova, fué primeramente á España; despues, desde España, fué llevada por el americano Washington Irving á todos los países de lengua inglesa; y por Humboldt, á todos los pueblos de lengua alemana. Las traducciones la han propagado en Francia, Italia, Bélgica y hasta en España, donde, justo es confesarlo, no ha podido acreditarse, de tal manera la rechaza el sentimiento de lo verdadero en que se inspira esa leal y cabaleresca nacion.

No bastaba lo que los discipulos de Spotorno habían hecho contra Colon.

La edicion italiana de Washington Irving contiene notas genovesas que hacen subir de punto la importancia del texto original. Como ya lo dijimos, un discipulo de Pablo Rebuffo, el sacerdote Ángel Sanguineti, resumió en un reducido tomo la obra del autor americano. Con la temeridad propia de la juventud, confirmó la acusacion formulada por sus maestros. Acerca de este particular, el sacerdote católico fué ménos reservado que el escritor protestante.

Spotorno tachó de orgulloso á Cristóbal Colon. Acusóle de haber ocultado su origen; de haber escondido á bordo á su hermano menor, no queriendo reconocerle por tal, y haciéndole pasar por su criado. Colon, al contrario, lejos de avergonzarse de sus padres, habla de su pobreza en su institucion de Mayorazgo, en la que se confiesa hijo de Génova; y recuerda su origen en su codicilo de 1502. En lugar de disimular su calidad de genoves, empleaba de buena gana á sus compatriotas. En cada una de sus expediciones le acompañaron algunos genoveses. En su primera expedicion, era genoves el contraestre de su carabela. En el segundo viaje, llevaba tambien consigo algunos genoveses y un habitante de Savona, Pietro Richelmi, quien había podido conocer á su padre, el viejo cardador, Domingo Colon. En el descubrimiento del Nuevo Continente se encontraban otros genoveses y cinco marinos de Savona (1). En el cuarto viaje, un genoves de familia patricia mandaba una de sus naves, á cuyo bordo había tambien un ciudadano de Génova, Giovanni Passano. Despues de su regreso, cuando se moria de consuncion, victima de las enfermedades y de la indigencia, mercaderes genoveses aceptaban su firma y le prestaban dinero. El único amigo que se le reconoció en Sevilla, fuera de los Cartujos, era un genoves, el veedor Francisco Pinelo. La vispera de su muerte, estaba todavia á su lado un noble genoves, Bartolomé Fieschi.

El sacerdote Ángel Sanguineti insiste en la «union ilícita» y denuncia la vanidad del segundo hijo de Colon. Le acusa de que, á consecuencia de esa vanidad, ocultó todo lo relativo al nacimiento de su padre (2). Pues bien, don Fernando Colon, elogiado universalmente por todos los escritores no genoveses, practicó la humildad á ejemplo de su padre, que fué el más humilde de los hombres. El ilustre protestante Alejandro de Humboldt admira su profunda modestia. Tan grande era la humildad del segundo hijo de Colon, que, escribiendo la vida de su padre, no le dá más que una vez este nombre, y le llama siempre el

(1) Eran: Antonio Chiavarino, Pietro Gentile, Giovanni Ferro, Pietro de Montecalco y Giovanni Moreno.—JUAN BAUTISTA BELLORO.—*Noticia acerca de Leone Pancaldo, en el Giornale degli Studiosi*, 13 noviembre 1869.

(2) «Egli era figlio illegittimo dell' Ammiraglio, e come tale non solo, ma come non poco vanitoso adoperó uno studio ed una cura singolare ad occultar tutto quello che avea relazione alla sua origine.»—SANGUINETI.—*Appendice alla vita di Cristoforo Colombo*, p. 378.

Almirante. Don Fernando Colon ocultaba tan poco las relaciones de su padre con Génova, que fué á visitar dicha ciudad y desde entónces tuvo siempre algunos familiares genoveses. Amaba la ciudad donde habia nacido su padre; consideraba como su corresponsal natural á cualquiera genoves que vivía en el extranjero, y se dirigía á su patriotismo para reclamar su concurso en la compra ó transporte de los libros destinados á formar su preciosa biblioteca. Sus agentes de negocios eran genoveses. Colocaba sus capitales en casas de banqueros genoveses, Gregorio Catagno y Francisco Leardo. Estaba tambien en relaciones con Benito Basiniana, tambien genoves. Entre los gentilhombres de su casa habia un genoves, Vicente del Monte. Era igualmente genoves su intimo confidente, el licenciado Márcos Felipe. Fué tan notoria su predileccion por Génova que, en su muerte, su albacea suplicó á todos los comerciantes genoveses, que vivían en Sevilla, que asistieran á sus exequias, en calidad de compatriotas del noble difunto.

Todas estas pruebas no significan nada para el adversario de Cristóbal Colon. Fernando continua siendo un vanidoso bastardo.

No contento el señor canónigo Ángel Sanguineti con acusar de excesiva vanidad al segundo hijo de Colon, ciegameamente fiel á su papel de compendiador, se atreve á disputar al Descubridor del globo la iniciativa no ménos que la antigüedad de su proyecto de rescatar el Santo Sepulcro, y de emplear para su piadoso rescate las riquezas que fueran el fruto de sus descubrimientos. Habiendo dicho el protestante americano Washington Irving que ese deseo se lo inspiraron á Colon los dos Padres de la Tierra Santa que la Reina habia enviado al campamento de Baza, el canónigo Ángel Sanguineti sostiene que sólamente entónces escribió este proyecto y que esta idea no se le ocurrió sino mucho tiempo despues de su plan de descubrimiento.

Despues de la doble negativa de Génova y Venecia, dirigiéndose Colon al Rey de Portugal don Juan II, espíritu positivo, esencialmente circunspecto, y en manera alguna inclinado á la propaganda religiosa, debió naturalmente abstenerse de someterle sus miras relativas á la libertad de los Santos Lugares. Pero ese noble objetivo excitaba ya su celo. Porque, desde la primera audiencia que le concedieron los Reyes Católicos, no pudo ménos de dejarlo entrever.

En vano certifica Colon por su propio puño en su libro que escribió á bordo en su primer viaje por el Océano, que la propagacion de la buena nueva entre los pueblos desconocidos fué el origen y el fin de su empresa (1); en vano escribió al Padre Santo que el objeto de su empresa era emplear lo que sacaría de ella en

(1) «Pues esto fué el fin y el comienzo del propósito que fuese para acrecentamiento, y gloria de la religion cristiana.»—DIARIO DE COLON. *Mártes, 27 noviembre, 1492.*

restituir el Santo Sepulcro á la Santa Iglesia (1); en vano luégo de su llegada á las Antillas, ántes de pensar en volver á Europa, recuerda á los Reyes que en su primera audiencia les habia propuesto emplear todo el producto de sus descubrimientos en el rescate de los Santos Lugares (2); el canónigo compendiador del escritor protestante despoja á Colon del mérito de la iniciativa y de la perseverancia en su proyecto. Á pesar de nuestras pruebas y contra ellas, sostiene, en 1875, el error que se le deslizó en 1846 en su librito, calificado hoy, por la Direccion, poco hace devota, del *Giornale Ligústico*, de «bella y concienzuda vida del Héroe.»

### § III.

¡Cosa particular! los primeros detractores de Colon fueron compatriotas suyos, y particularmente eclesiásticos.

Así, el más antiguo de todos ellos, el sabio Agustin Giustiniani, Obispo de Nebbio en Córcega, le ataca en sus ascendientes; le llama hijo de padres viles, *vilibus ortus parentibus*; le acusa implícitamente de orgullo, asegurando que se jactaba de haber sido elegido por Dios para realizar la profecía, mientras que el Revelador del Globo no ha recordado más que una sola vez, y aún apremiado por circunstancias dramáticas, que por él se habían realizado los vaticinios de Isaías. El barnabita Spotorno corrobora la calumnia nacida en el Piamonte. Su intimo amigo, el sacerdote Pablo Rebuffo, confirma todos sus errores. El clero de Génova recibe de ellos una idea tan falsa de Colon, que, creyendo el sacerdote Gavotti honrar al inmortal navegante, incluyéndole en la lista de los *Ligurios ilustres*, le convierte en esclavo de la gloria, y atribuye sus animosas empresas al único deseo de adquirir fama; mientras, al contrario, la humildad sobresale entre todas las virtudes de nuestro Héroe. Cuando veinte y cuatro príncipes de la Iglesia alentaron con su firma nuestro trabajo, despues de Su Santidad, uno solo se negó á ello. Este era genoves y se llamaba Hugo Pedro Spinola. Génova es el único país en donde un periódico eclesiástico ha ultrajado al historiador oficial de Colon.

(1) «Esta empresa se tomó con fin de gastar lo que della se hoviese, en presidio de la Santa Casa á la Santa Iglesia.»—CARTA DEL ALMIRANTE COLON Á SU SANTIDAD, febrero 1502.—*Coleccion diplomática*, tomo II, número CXLV.

(2) «Y Vuestras Altezas se rieron, y dijeron que les placia, y que sin esto tenian aquella gana.»—DIARIO DE COLON. *Coleccion de Navarrete*, tom. I, pág. 117.